

ra ésta llega a desalojar la sensación de estar viviendo la vida mejor, la que transcurre mientras el paso de los días tiene una correlación fértil y exacta con el número de folios que se van amontonando encima de la mesa, o en el disco duro del ordenador. Por eso, al terminar una novela, yo siempre me encuentro en una situación ambigua, definida por sentimientos agridulces, contrapuestos. Por un lado, me siento feliz por haber sido capaz de terminarla, por haber «podido» con ella, porque cualquier libro supone, como mínimo, un desafío personal. Por otro lado, sin embargo, estoy triste y, lo que es peor, me siento extraña, incómoda en mi propia vida, como si al escribir la última página estuviera firmando un orden de desahucio contra mí misma. Concluir una novela significa algo parecido a terminar de levantar una casa para perderla en el momento en que el último trabajador que uno ha contratado y pagado, cierra la puerta después de salir, mientras el nuevo propietario aparca su coche en la puerta delante de nuestras narices. Este pequeño caos sentimental, que lejos de atenuarse se hace más intenso con cada nuevo libro, pone fin al mismo tiempo a un proceso paralelo de reflexión sobre la novela que se acaba de terminar, en sí misma y en relación con el género al que pertenece.

Aunque mis relaciones con la teoría literaria tienen un carácter intermitente y descaradamente utilitario, puesto que muchas de las conclusiones a las que llego porque me resultan imprescindibles para poder avanzar en un libro concreto, dejan de interesarme cuando termino el fragmento que me ha abocado a ellas, a lo largo de los veinte años que he invertido en terminar siete novelas y empezar la octava, he adquirido algunas certezas acerca de mi oficio. No suelen coincidir con el criterio al que, no sólo la mayoría de los lectores, sino también la mayor parte de los críticos literarios, parecen atender cuando afrontan la lectura de una novela, pero eso tampoco me preocupa. En este aspecto, también se puede trazar una línea paralela entre las narraciones y los edificios, sobre todo porque en ambos casos existe un factor primordial, insustituible y determinante, que se llama estructura.

Lo único que nunca, jamás, bajo ningún concepto, se puede perder de vista mientras se está escribiendo una novela es su estructura. El autor puede cambiar de opinión sobre la marcha acerca de todo lo demás, desde el argumento hasta el carácter del

protagonista, desde la extensión hasta el propio estilo. Todo eso, y más, puede fallar en un momento dado sin que la novela se venga abajo. Todo lo demás puede corregirse, ampliarse, reducirse, modificarse, crecer o disminuir, sin comprometer del todo el resultado final. La estructura, sin embargo, no perdona. Una novela bien estructurada puede adolecer de personajes débiles, de diálogos excesivamente forzados, de situaciones inverosímiles, y no dejar de resultar una buena novela. En el otro extremo, una novela que padezca una estructura deficiente o que no llegue siquiera a contar con una completa, nunca podrá llegar a ser un buen libro, aunque cuente la historia más fascinante con el lenguaje más brillante y original de los imaginables. Siempre le sucederá lo mismo que le ocurriría a una casa torcida, asimétrica y sin puertas, que se escondiera detrás de la más exquisita de las fachadas.

Estoy tan segura de eso que, para cambiar de un ejemplo muy concreto a otro más abstracto, pero también fácil de comprender, me arriesgo a decir que una novela debe ser algo parecido a un cálculo de precisión, y que incluso debe poderse expresar aritméticamente. Las partes que la componen, los capítulos en los que se divide cada parte, los subcapítulos en los que se divide cada capítulo, deben estar siempre minuciosamente compensados, como cifras en una suma o en una resta cuyo resultado debería ser siempre 100 ó 0, y jamás 72 ó -14. Este principio afecta exactamente igual a las novelas sin divisiones explícitas, porque rige sobre la densidad argumental de la historia que se cuenta y sobre el destino de los personajes que intervienen en ella, con independencia de que su autor decida reflejar o no en el índice el progreso narrativo. Y pesa también sobre el propio ritmo de la narración, que debería ser progresivo, fluido y equilibrado, sin precipitar, por ejemplo, la aparición de un personaje concreto o el final de un episodio determinado, salvo cuando resulte imprescindible para algún objetivo concreto y subordinado al plan general del autor.

La estructura de una novela no es una herramienta de distribución de material, ni un recurso para repartir los espacios en blanco de forma elegante o armoniosa, ni muchísimo menos la mejor manera de engordar un manuscrito de cien folios para que resul-

te un libro de ciento sesenta páginas. La estructura tiene un valor expresivo fundamental, porque una historia nunca es lo que se cuenta, sino cómo se cuenta, y en la creación de ese «cómo» no interviene ningún factor, ni siquiera el propio estilo, tan poderoso como la estructura. Es una regla clara, pero despiadada. Todo lo que no contribuye a que una narración avance, sobra. Todo lo que entorpece el adecuado progreso de una historia, se convierte en el peor enemigo de la propia historia. Nada, absolutamente nada, debe confiarse al azar si no se quiere pagar una factura que no corresponde a la suerte, sino a la torpeza del autor.

Seguramente, algunos de vosotros encontraréis extraña mi insistencia. Seguramente, os resultaría mucho más familiar que os hablara de la calidad de la prosa, empleando términos como «estilo solvente» o «eficaz», «potencia de adjetivación», «lenguaje transparente» o «pasmosa brillantez», porque, si frecuentáis los suplementos literarios de los periódicos, habréis leído esas expresiones mil veces. A mí también me parece importante que una novela esté bien escrita pero, igual que el valor se supone al soldado, asumo, de entrada, que los escritores escriben bien. Ya sé que no siempre lo hacen, pero aunque los errores gramaticales me molestan lo suyo, no es tanto como para descalificar a un libro entero.

Quizás me entenderíais también con más facilidad si estuviera hablando de historias bonitas o feas, divertidas o aburridas, raras o corrientísimas, inquietantes o ridículas, en los términos que suelen emplear los lectores no profesionales al valorar el impacto que les ha causado un libro determinado. A mí también me parece fundamental el argumento de una novela, pero sé hasta qué punto una historia depende de cómo se cuenta.

La estructura es el pariente pobre en todos los comentarios pero, al igual que el hada fea, rencorosa y llena de verrugas, a la que el rey no invitó al bautizo, atesora en su aparente insignificancia un poder capaz de anular el sex appeal de todas las bellas invitadas juntas. Igual que no se puede levantar una casa sin andamios, aunque ningún arquitecto sería tan tonto como para dejarlos a la vista cuando el edificio ya se tiene solo de pie, no se puede escribir una novela sin una estructura previa, concienzudamente medida y calculada, pero sólo los escritores tontos o

muy primerizos consienten que el lector se dé cuenta de dónde han tenido que colocar los andamios. Por otra parte, los novelistas que escriben sin andamios, que también los hay, son como esos guerreros samurais que primero gritan ¡banzai! y luego se hacen el harakiri, es decir, figuras decorativas, irrelevantes en la guerra verdadera.

Cuando un lector se encuentra con una novela maravillosamente escrita, se esté encontrando al mismo tiempo, aunque no se dé cuenta, con una estructura que la sostiene maravillosamente. Cuando ese mismo lector, u otro cualquiera, se asombra de la brillantez de una intriga que pega un libro a sus manos hasta que llega al punto final, acaba de sucumbir a los principios adhesivos de una buena estructura narrativa. Si alguna vez os encontráis en uno o en otro caso, acordáos de mí. No sólo seréis más conscientes que antes de la cantidad de trabajo que se esconde detrás de una buena novela. También habréis hallado un arma efficacísima para defenderos de las conversaciones casuales que pueden asaltaros a traición en cualquier fiesta de cumpleaños, y sobre todo, comprenderéis mucho mejor por qué os gustan tanto las novelas que más os gustan. Lo demás, ya os lo he dicho, es remar hasta el barco y edificar una casa en una isla desierta ©

